

CORTANDO ÁRBOLES Y RELACIONES*
(UNA REFLEXIÓN ESCÉPTICA EN TORNO
A UN TEMA DE SEARLE)

JULIO CABRERA ÁLVAREZ
Universidad Federal de
Santa María
Brasil

I

Quiero partir, en esta reflexión, de una intuición básica sobre la naturaleza del lenguaje, tal como se usa efectivamente en las transacciones ordinarias. Dicha intuición consiste en lo que puede llamarse la “extrema diferenciación” del lenguaje, y se apoya en el hecho de que, continuamente, tenemos que arreglárnoslas para expresar múltiples y muy variadas significaciones, que deseamos transmitir, utilizando un arsenal relativamente escaso de material lingüístico. Sentimos, así, que cuando hemos hecho una teoría del lenguaje, lo que hemos hecho en realidad, entre otras cosas, es abstracción de múltiples diferenciaciones que los usos siempre nuevos y cambiantes del lenguaje nos presentan a cada paso. En el presente artículo intentaré dar un cuerpo más concreto a esta intuición inicial discutiendo un problema específico de la actual filosofía del lenguaje: el problema del “significado literal” de un término.

En ciertas investigaciones analíticas de mucha tradición —por ejemplo, las que giran en torno a la definición de sinonimia— este fenómeno se puso en evidencia toda vez que se intentó, precisamente, homogeneizar una diferenciación dada, y hacerlo de manera sistemática, mediante el uso de categorías

* Este artículo se escribió en noviembre de 1981, dentro de un grupo de trabajos sobre la teoría lingüística de Searle, como consecuencia de un curso, dictado por el Prof. Searle en la Universidad Estadual de Campinas, Brasil, en julio/agosto de 1981. El trabajo fue reelaborado en agosto de 1982, como resultado de críticas y comentarios detallados por parte del Prof. Marcelo Dascal, de la UNICAMP, a quien agradezco aquí profundamente su preocupación y su estímulo.

capaces de fijarla y sintetizarla. Esas investigaciones mostraron cuán complejo resulta siempre formular clara y sistemáticamente la identidad de significado, en cualquier nivel, de una manera que no sea llanamente convencional. *Podemos* lograrlo, pero, en alguna medida, siempre sacrificando en algo esa natural “diferenciación” de la que nos habla nuestra intuición. Si seguimos la tendencia natural del lenguaje, dadas dos expresiones pretendidamente sinónimas, será sólo cuestión de tiempo encontrar al menos una diferencia. De manera que, toda vez que alcanzamos una formulación homogeneizante de usos, deberíamos recordar cuidadosamente que fue una teoría la que proyectó eso sobre cierto material, y que, por ende, esa unidad no fue “descubierta”.

En el caso de la sinonimia de términos, se trata de construir algo constante en las emisiones de diferentes palabras, como “pared” y “muro”, “perro” y “can”, etc. En este caso, se trata de reducir a unidad una multiplicidad de términos. Pero, a veces, la tendencia homologista de nuestras teorías del lenguaje puede tratar de construir algo constante en las emisiones *de una misma palabra*, en diferentes ocurrencias. En este caso, se trata de reducir a unidad una multiplicidad de ocurrencias de términos. En un artículo llamado “The Background of Meaning” (en rigor, continuación —y, en parte, repetición— de otro anterior, “Literal Meaning”) John Searle coloca, como ejemplo, la siguiente lista de enunciados, para comenzar a formular su teoría sobre el significado literal de términos:

1. Bill cortó el césped.
2. El barbero cortó el cabello de Tom.
3. Sally cortó la galleta.
4. Me corté la piel.
5. El sastre cortó el traje.

Searle dice que una de las cosas completamente evidentes en estas expresiones es que “todas las ocurrencias de la palabra ‘cortar’, en las emisiones 1-5 *son literales*” (“The Background of meaning”, 221; en adelante: BM). Literal en el sentido de no metafórico, como sería el caso siguiente:

6. Bill cortó relaciones con John.

Más adelante, Searle dice que: “ ‘cortar’ no es ambiguo en 1-5 porque, ciertamente, en cada una de sus ocurrencias *involucra un contenido semántico común*, la noción de una separación física por medio de la presión de un instrumento más o menos agudo” (BM, 224, el subrayado es mío).

La primera característica podría comprobarse caso por caso, es decir, sin quebrar la diferenciación de las ocurrencias. En efecto, en *cada uno* de los enunciados 1-5 puede reconocerse intuitivamente que la palabra “cortar” está usándose literalmente, en el siguiente sentido: sabemos que, cuando cortamos césped o árboles o galletas, llevamos a cabo cierta acción material específica e identificable en el mundo, en tanto que cuando cortamos relaciones con alguien, no hacemos eso. “Cortar relaciones” *podría* expandirse en pequeñas o grandes acciones materiales específicas (por ejemplo, en “Bill dejó de visitar a John”, “Bill ya no saluda a John cuando se cruza con él en el corredor”, etc.), pero “cortar relaciones” no es en sí una acción material específica. La tosquedad de este criterio indica aquí dos cosas: primero, que no voy a ocuparme aquí de la diferencia literal-metafórico, diferencia que aceptaré acriticamente. Segundo, que toda la discusión que iniciaré con respecto a la segunda afirmación de Searle, puede llevarse a cabo al margen de esa diferencia. (Misma que sólo se comentará más adelante, en lo que resulta pertinente al problema aquí tratado. *Cfr.* p. 11.)

Pero para comprobar la segunda característica, se impone ya una comparación de los enunciados 1-5 entre sí, y la proyección de una categoría homogeneizante, llamada “significado literal”, que atravesaría de lado a lado todas las ocurrencias de un término, como un contenido común a todas ellas. Si bien se da el nombre de “significado literal” a ese “significado común”, conviene observar que la primera característica mencionada no implica necesariamente la segunda: *podemos* admitir que cada aparición de “cortar” en 1-5 es literal (algo que, insisto, *no* discutiré aquí) sin que tengamos que admitir

que ese significado literal sea algo que los enunciados 1-5 tienen en común.

Para exponer su idea, Searle utiliza el habitual modo material de hablar, comenzando por contrabandear ya parte de lo que quiere demostrar: decir “involucra un contenido semántico común” (y, en general, expresiones del tipo: “*Existe un significado común a las ocurrencias tal y tal*”, “Cada enunciado *tiene una significación propia*”, etc.) indica que el “significado literal” se trata como un observable, como una cosa que ciertas entidades tienen, como una cosa que existe. Esto cierra la posibilidad (al menos la posibilidad) de que lo que se llama “significado literal” en una teoría del lenguaje, sea solamente cierto constructo teórico que tal vez se planteará mejor mediante expresiones del tipo: “Es conveniente suponer un significado común a tal y tal” o “Es necesario, para construir una teoría semántica, aceptar un significado común”, etc. Al mismo tiempo, ese modo material de hablar prepara una trampa para todo aquel que discuta la idea de Searle —como es mi caso aquí— pues se podría pensar que lo que yo quiero demostrar es algo así como que “no existe” significado literal, o que “no hay nada” a lo que pueda llamarse significado común a varias ocurrencias de un mismo término, etc. Pero aunque mi argumentación apunta efectivamente contra la idea de significado literal como algo que diferentes ocurrencias de términos tendrían en común, jamás negaré aquí que podemos construir teorías del lenguaje con significados literales, y que pueden ser interesantes, útiles y perfectamente bien estructuradas. La que aquí se sostendrá no será, ciertamente, una teoría ontológica.¹

La argumentación de Searle continúa en el siguiente sentido: es evidente que, en la determinación del valor de verdad *de un enunciado*, intervendrán “los significados” *de los términos* que aparecen en él. Searle, en este punto, se extraña de que “aunque la palabra [cortar] no es ambigua, determina diferentes conjuntos de condiciones de verdad para los diferen-

¹ En el presente trabajo, utilizaré a veces, no obstante, el modo material de hablar, por razones de brevedad y facilidad de expresión, pero indicando siempre, mediante el uso de comillas, ese método de exposición, a veces difícil de evitar.

tes enunciados” (BM, 222/3). Atribuye ese hecho a la acción del trasfondo [*background*] de suposiciones sobre el “significado literal” de un enunciado, determinado, en parte, sobre el significado literal de los términos que lo componen. En efecto, en los dos artículos mencionados, Searle dirige una crítica muy saludable a la noción de “significado literal” en general, que puede interpretarse como una reivindicación de las “diferenciaciones lingüísticas”, en el sentido del presente artículo. Colocándose en el plano de los enunciados, sostiene que un enunciado sólo determina un conjunto de condiciones de verdad si se la apoya en un trasfondo de prácticas y suposiciones humanas (BM, 229). “El significado literal de un enunciado sólo tiene aplicación relativamente a un conjunto de suposiciones básicas” (“Literal Meaning”, p. 120; en adelante, LM). Searle reivindica así, en la determinación de las condiciones de verdad, la variedad y multiplicidad *de los contextos*. “El punto de vista que discutiré a veces es el formulado diciendo que el significado de una sentencia es el significado que ella tiene independiente de todo contexto —el significado que tiene en el así llamado ‘contexto nulo’”(BM, 221).

Pero es curioso que Searle ataque la radical homogeneización contenida en el concepto de “contexto nulo”, para la determinación de las condiciones de verdad de un enunciado, eximiendo de crítica la no menos radical homogeneización contenida en la noción de lo que podríamos llamar “contexto nulo”. Si Searle se extraña de que 1-5 tengan diferentes condiciones de verdad y, directamente, echa mano de elementos contextuales (extralingüísticos) para explicar ese fenómeno, eso significa que no está teniendo en cuenta suficientemente los elementos contextuales (lingüísticos) en aquella determinación. En efecto, el “significado” de “cortar” atraviesa incólume cinco contextos diferentes, sin sufrir cambio alguno *en su identidad nuclear*. Sin embargo, la palabra “cortar” ha tomado diferentes significaciones por fuerza de los diferentes contextos por los que atraviesa, y nada nos dice que las diferencias de significación así producidas no sean tanto o más pertinentes, para la determinación de las condiciones de ver-

dad de los enunciados que esos términos integran, que aquella significación nuclear común que tanto se acentúa. En este sentido, como argumentaré después, la palabra *posee* cierto tipo de ambigüedad, aunque no —aquí concuerdo con Searle— la ambigüedad tal como suele entenderse en los medios académicos. (Pero precisamente por su excesivo *academicismo* —insiste una y otra vez en que “cortar” en 1-5 no es ambigua “como la ambigüedad se concibe tradicionalmente”—, Searle cree que no se trata de ningún tipo de ambigüedad.) Así, la multiplicidad de condiciones de verdad de los enunciados no sería una sorpresa tan grande para quien pensara que la palabra reiterada en ellos “no tiene” la misma significación literal (aunque, insisto, admitiera que en todas ellas se usa literalmente). Sin embargo, pese a sus críticas, Searle dice explícitamente que prefiere conservar la noción y, para colmo de males, expresa eso en un escandaloso modo material de hablar: “cuando digo que el significado literal de un enunciado sólo tiene aplicación relativamente al sistema coordinado de nuestras suposiciones del trasfondo, no estoy negando que los enunciados *tengan* significado literal. El significado literal, aunque relativo, es aún significado literal” (LM, 132; el subrayado es mío).

Ahora estoy en condiciones de enunciar mi tesis en el presente trabajo: como Marcelo Dascal ha mostrado ya,² lo que

² En “Contextualism”. Mi opinión respecto a la posición de Dascal en ese artículo es que lo que él llama “significado literal” o es suficiente o no es necesario. Es decir, si se concede que no es suficiente (para la determinación de las condiciones de verdad de un enunciado), o sea si no se es lo que él llama “literalista radical”, entonces hay que conceder también que no es necesario. Pues una vez que se comienza a conceder, no es fácil saber en dónde se podrá parar. (En este sentido, no acepto las posiciones intermedias de Dascal “literalismo moderado”, “contextualismo moderado”, etc.) En efecto, Dascal, sucesivamente, concede que: a) no existe un significado literal, sino muchos, b) el significado literal *no es suficiente* para aquella determinación, c) a veces, el significado literal puede no ser retenido para saber la significación total, d) existe una interacción intensa entre el significado literal y lo que en este trabajo llamo cotexto. Con todas esas concesiones, finalmente, el “literalismo moderado” de Dascal se aproxima mucho más de lo esperado a la posición que yo defiendo aquí. Prácticamente, él conserva la noción por nostalgia. El punto de separación fuerte es su teoría de que los diferentes contextos (y cotextos) “seleccionan” diferentes elementos de lo que él llama “los significados literales” para construir las condiciones de verdad. Pero eso supone

Searle demostró en sus artículos es, sin duda, que el significado literal *no es suficiente* para determinar las condiciones de verdad de un enunciado, lo cual parece estar, hoy en día, casi fuera de discusión para los filósofos analíticos del lenguaje. Pero, según Dascal —y yo concuerdo plenamente con él—, no ha mostrado que *no sea necesario*. Yo quiero seguir en este lugar una de las líneas escépticas mencionadas por Searle (LM, 132), negando también, en un sentido específico, que el significado literal de los términos —entendido como un significado único, constante, que atraviesa diferentes ocurrencias de los mismos— sea *necesario* para aquella determinación. Parfraseando al propio Searle, la tesis que quiero aquí negar es la que diría que el significado de una palabra es el significado que ella tiene independiente de todo cotexto —el significado que tiene en el así llamado “cotexto nulo”— cuando de lo que se trata es de hacer participar ese significado en la determinación de las condiciones de verdad de los enunciados en que esa palabra aparece.

II

La idea fundamental es aquí la siguiente: en cada nivel lingüístico (el nivel de los términos, el de los enunciados, el de los textos, etc.), el significado de una expresión puede no ser independiente de lo que aquí llamaré, generalmente, su “entorno”, y en algunas investigaciones particulares, eso puede resultar muy pertinente. El “entorno” de un término puede llamarse, tal vez, cotexto lexical, el entorno de un enunciado, cotexto enunciativo, etc. Lo que llamo aquí “entorno” es siempre algo lingüístico. No llamo “entorno” a nada contextual, si por tal se entiende algo extralingüístico.

que el significado de una expresión es previo a la operación de selección. (Eso puede llegar a ser de difícil articulación con la concesión d.) Según mi punto de vista, los significados de los términos son co-constituidos en y por el entorno respectivo. El contexto (y el cotexto) no selecciona significaciones ya dadas, sino que las constituye dinámicamente (al menos, si lo que queremos es utilizar la noción de significado en ciertos ámbitos de problemas como el discutido en el presente trabajo).

Cuando nos preguntamos por las condiciones de verdad de un enunciado, nos preguntamos por las condiciones de verdad de un enunciado emitido en cierto contexto. Pero, además, las influencias cotextuales internas (en los diferentes niveles mencionados) pueden, obviamente, ser pertinentes para aquella determinación. Así, la determinación de las condiciones de verdad de un enunciado pueden estar contextual-cotextualmente determinadas. Si admitimos una interacción intensa y compleja entre los términos y su respectivo "entorno", en la constitución de su significación, toda tentativa de determinar esa significación de manera aislada será un procedimiento más o menos artificial, que podrá llevarse a cabo si, realmente, aquello que queremos investigar lo exige de manera indispensable. Pese a las apariencias es prácticamente imposible definir el significado de una palabra en el contexto nulo. Ni siquiera el autor de un diccionario, que aparentemente define palabras aisladas, puede hacerlo, pues cuando está confeccionando los diferentes artículos, y le toca el turno, por ejemplo, de definir "cortar", lo que de hecho va a hacer es pensar sucesivamente en diversos contextos de esa palabra, e ir ofreciendo los diferentes significados que esa palabra adopta en cada uno de ellos. Así, puede decir, por ejemplo, (separar en partes), (bajar el nivel de algo, quitando las partes superiores), (interrumpir el curso de algo), etc., pensando, sucesivamente, en contextos como "cortar una fruta", "cortar el césped", "cortar el curso del agua", etc. Es impensable una definición que fuera aplicable a todo y cualquier contexto. Y aquí la pregunta fundamental es la siguiente: para comprender las condiciones de verdad de 1-5, ¿es necesario considerar un significado común a la palabra "cortar" que en ellas aparece, o es acaso suficiente con considerar el significado que esa palabra adopta en los diferentes contextos, mostrados en 1-5? Esta última posibilidad es perfectamente compatible con la de construir un significado común, pero lo que debemos preguntar es si precisamos hacerlo, si eso es necesario, si lo que queremos es, en última instancia, determinar las condiciones de verdad de los enunciados. Nada dice que, en principio, las condiciones de verdad no sean determinadas satisfactoriamente.

te por aquello que diferencia el significado de “cortar” en los diferentes contextos, sin que sea necesario apelar “a lo que tienen en común”.

Searle dice que “el contenido semántico común” de la palabra “cortar” en 1-5 es la noción de “una separación física por medio de la presión de un instrumento más o menos agudo” (BM, 224). Pero si me encuentro con una expresión como “Las manos de Antonio fueron cortadas por el frío”, ¿llamaré al frío “un instrumento agudo”? Una salida muy cómoda sería declarar metafórica esa expresión, pero, por otro lado, las carnes de Antonio son de materia y ellas, efectivamente, se separan. Imaginen que tenemos sentencias como las siguientes: “Abrió los brazos cuando me vio”, “Abrió el coco de un martillazo”, “Abrió una ranura en la madera”. La correcta (y suficiente) determinación de las condiciones de verdad de cada una de ellas puede no basarse en ningún rasgo común, sino precisamente en sus rasgos diferenciadores. Si un niño me preguntase qué significa abrir un coco, ¿no sería extraño responderle: “¿Recuerdas cuando el tío Andrés abrió los brazos al bajar del avión? Pues bien, debes hacer con el coco algo semejante a lo que él hizo con los brazos”? Es obvio que *no necesito* decir eso. Y tal vez sea aconsejable *no* decirlo para hacer una correcta determinación de las condiciones de verdad en cada caso. Puedo decir: Alguien abre los brazos si los separa del cuerpo, extendiéndolos, alguien abre un coco si consigue partirlo mediante un instrumento suficientemente pesado, alguien abre una ranura si perfora un pedazo de materia permitiendo la visión. Todo el mundo entiende que he dado las condiciones en las que cada uno de esos enunciados es verdadero y, sin embargo, no he tenido que repetir ningún concepto “común”. Eso no quiere decir que alguien *no* pudiese responder: Alguien abre los brazos cuando *los separa* del cuerpo, alguien abre un coco *cuando lo separa* en partes mediante el uso de un instrumento, alguien abre una ranura *cuando separa* las partes de una materia permitiendo la visión. Pero aquí no se quiere probar que eso sea imposible, lo que se quiere probar es que no es necesario.

Es evidente que la construcción de la categoría de “signi-

ficado literal” se lleva a cabo mediante la abstracción sistemática de diferencias cotextuales. La posibilidad, siempre abierta, de esa operación, lleva a la idea de que necesariamente *debe* “haber” significados comunes a diferentes ocurrencias de una misma palabra. Pero la construcción de significados literales no se lleva a cabo sin pagar un precio. Supongamos que mostráramos a alguien que “abrir” en “abrir los brazos” y en “abrir la ranura” “tienen” diferente significado, y que ese significado, diferente en cada caso, puede ser suficiente para determinar las condiciones de verdad de esos enunciados. Él podría enunciar, entonces, el “contenido semántico común” de una manera absolutamente abstracta, para así asegurarse de que, realmente, será común a cualesquiera cotextos. O, por otro lado, podría armar ese “contenido semántico común” mediante la disyunción de los diferentes contenidos cotextuales, al estilo de un diccionario (algo como “separar en partes, o perforar una materia, o mantener algo extendido”, etc.). Pero de esa manera, el significado literal se volvería absolutamente concreto. Quiere decir que, tratando de mantener un significado “común”, puedo pagar el precio de construir o una entidad ultra-abstracta o una ultra-concreta. Y en ambos casos sería de preguntar si tal entidad es necesaria (y útil) para la tarea de determinar las condiciones de verdad de los enunciados en los cuales aparecen los términos definidos.

Se podría argumentar que si el hablante no pensara que la presencia de un significado común es necesaria para determinar las condiciones de verdad de un enunciado, no utilizaría la misma palabra en todos los casos. Eso haría pensar en un hablante que reitera palabras por una decisión libre, porque “percibe” un concepto común a muchos cotextos. Pero nosotros elegimos las palabras por razones mucho más prosaicas: simplemente porque no tenemos alguna otra a mano, porque nuestro dominio de la lengua es limitado, porque somos finitos, económicos y perezosos, porque no somos capaces de explotar todas las posibilidades del lenguaje, etc. El que yo pueda dar las condiciones de verdad de 1-5 depende de lo que yo sepa de “cortar” en español. Si sé poco, si conozco pocos cotextos de uso de ese verbo, es evidente que

continuamente utilizaré lo que aprendí de cotextos anteriores. Significados constantes y fijos atravesarán todas las emisiones que yo no pueda o no quiera diferenciar. No concuerdo con la imagen ultra-racionalista del hablante que elige fríamente “la palabra adecuada”, que repite la misma palabra “porque la situación lo exige”, etc.

Podría decirse también que sólo podemos hacer metáforas como 6, usando como apoyo básico ese núcleo de significado “común” a todas las ocurrencias literales de una palabra. Ésta, como ya dije al principio, es *otra* cuestión: la cuestión del uso metafórico del lenguaje es diferente de la cuestión de la determinación de las condiciones de verdad de un enunciado. Y no es imposible que una teoría del lenguaje considere que el examen de significados literales constantes es necesario para la elucidación del uso metafórico del lenguaje, al mismo tiempo que no lo considera necesario para la determinación de las condiciones de verdad de un enunciado. Eso es posible precisamente porque no es una cuestión ontológica lo que aquí se está decidiendo, pues, si lo fuera, “habría” o “no habría” significados literales, *en todo y cualquier ámbito problemático*. Pero dejando eso de lado, también es discutible que el uso de metáforas obligue a reconocer la necesidad de considerar significados literales “comunes”, “constantes”, etc. De hecho, *podemos* hacer metáforas utilizando *diferentes* usos literales de las mismas palabras, sin necesitar aquel núcleo común. Searle mismo dice, en su artículo “Metaphor”, que “si se dice al oyente ‘El auto de Sam es como un cerdo’, él interpretará la metáfora de manera diferente a como entiende la expresión ‘Sam es como un cerdo’. Puede entender que la primera quiere decir que el auto de Sam consume gasolina de la manera en que un cerdo consume comida, o que el auto de Sam tiene la forma de un cerdo” (“Metaphor”, p. 106). En el segundo caso, dice Searle, podemos querer decir que Sam tiene alguno de los atributos del cerdo, como “gordo, glotón, sucio”, etc. Quiere decir que en:

7. El cerdo es gordo y sucio;
8. El cerdo consume mucha comida;

9. El auto de Sam es un cerdo;
10. Sam es un cerdo;

7 y 8 muestran ocurrencias literales de la palabra “cerdo” y 9 y 10 muestran ocurrencias metafóricas de esa palabra (aceptando que esta diferencia es clara, como dije antes). Pero yo construyo la metáfora 9 con base en el significado contextual de “cerdo” ejemplificado en el contexto de 8, en tanto que construyo la metáfora 10 con base en el significado contextual de “cerdo” ejemplificado en el contexto de 7. No se necesita en absoluto postular un núcleo significante común a 7 y 8 para poder justificar nuestro uso de metáforas, pues las metáforas se pueden hacer también a expensas de los diversos contextos. También cuando se hacen metáforas, ciertos usos literales, contextuales, de palabras son más apropiados que otros para construirlas y entenderlas. Para entender el significado de “cortar relaciones” puedo aprovechar el uso literal de “cortar” en “El tabique cortó el curso regular del río”, más que el uso literal de “cortar” en “El frío cortó el rostro de John”. (Lo que hace literal la ocurrencia de “cortar” en “cortar el árbol”, no es “lo que tiene en común” con “cortar el cabello”, sino lo que tiene de diferente con “cortar relaciones”).

Aunque estas cuestiones sobre la metáfora son aquí laterales, vienen al caso porque Searle utiliza en sus argumentos ciertos recursos a la cuestión de las metáforas, con el fin de probar que “existe” —como él dice— un significado común a todos los usos literales de una palabra, que no se mantiene en los usos metafóricos. Según él, ciertas conjunciones que pueden construirse con ocurrencias literales, se vuelven anómalas e inaceptables cuando se las mezcla con ocurrencias metafóricas. Por ejemplo:

11. La General Electric anunció la fabricación de una máquina cortadora capaz de cortar césped, cabello, galletas y ropa,

resulta aceptable, pero:

12. La General Electric anunció la fabricación de una máquina cortadora capaz de cortar césped, cabello, galletas, ropas, relaciones, suministro de luz y salarios,

resulta anómala. De aquí, Searle deduce que “debe haber” un significado común a las diferentes ocurrencias literales de “cortar”, que permita agruparlas en una conjunción no anómala.

Pero los criterios de aceptabilidad de expresiones no son claros, pues aunque es cierto que 12 es extraña, no será difícil encontrar anomalías y extrañezas sin salir del plano literal, lo cual mostraría, con las mismas armas de Searle, que “existen” profundas diferencias de significación entre ocurrencias literales, que podrían analizarse máximamente hasta hacer innecesario postular algo común. A menos de querer, a toda costa, salvar la eficacia del test, un hablante difícilmente dejaría de encontrar extrañas expresiones como:

13. Él abre la boca mejor de lo que ella abre la herida.
14. John es capaz de abrir con solvencia paraguas y sobres.

Esas anomalías pueden probar que las significaciones contextuales de los mismos términos pueden ser extremadamente diferenciadas.

III

Decir que una palabra “hace la misma contribución para la determinación de las condiciones de verdad de un enunciado” en diferentes casos, es ya meter de contrabando una homogeneización sobre el uso del lenguaje. Las condiciones de verdad de un enunciado no podrán formularse sin antes examinar cómo se constituye la significación de una palabra en un contexto dado (y posteriormente —algo que no es tema de este trabajo— cómo se constituye el significado de todo enunciado en un contexto dado). La multiplicidad no comienza en el ámbito extralingüístico que rodea la emisión de un enunciado: está

ya presente en el enunciado mismo. En efecto, después de perder la inocencia de pensar que “cortar” debe necesariamente conservar un núcleo de significación común en “cortar césped” y “cortar tela”, deberemos perder la inocencia de pensar que “cortar césped” debe conservar necesariamente un núcleo de significación común en cualquier contexto de enunciación. Pensar que por el hecho de que podemos detectar cambios de significación de cotexto a cotexto, debe existir *algo* que cambia, tiene la estructura lógica que tendría cualquier otra creencia substancialista.

Creo, en definitiva, que la línea crítica de Searle está perfectamente bien encaminada. Sólo que hace falta radicalizarla, desarrollando algunas de las líneas escépticas que él enunció y evitó. Ese escepticismo se ejerce en contra del uso acrítico de categorías homogeneizantes. El resultado de ejercerlo, por tanto, no es negativo, sino, por el contrario, restitutivo de la riqueza y diversidad naturales de los usos del lenguaje.

REFERENCIAS

- Dascal, Marcelo, "Contextualism", en *Possibilities and Limitations of Pragmatics*, ed. por H. Parret, M. Sbisà y J. Verschueren. Amsterdam: J. Benjamins B.V. (En prensa.)
- Searle, John, *Speech Acts. (An Essay in the Philosophy of Language.)* London: Cambridge University Press, 1969.
- _____, *Expressions and Meaning, Studies in the Theory of Speech Acts.* London: Cambridge University Press, 1979. (Contiene "Literal Meaning" y "Metaphor".)
- _____, "The Background of Meaning". En: F. Kiefer and M. Bierwisch, ed., *Speech Acts Theory and Pragmatics.* 221-232. 1980.

SUMMARY

The notion of "literal meaning" can be considered to be a unifying category, "projected" onto the natural differentiation of uses of language. This precludes the usual ontological expressions, in the material mode of speech, such as "*There exists* a meaning, common to many occurrences of a term", and the like. Although a certain theory of language allows the employment of such an unifying category, this is not necessary for determining truth-conditions for sentences in which the term appears. These conditions can be determined, in fact, for each "cotext"; that is to say for each linguistic environment of the term. This is an even more skeptical approach than Searle's criticisms against tendencies in the contemporary philosophy of language in which he attempts to determine truth-conditions independently from contextual considerations.

[J.C.A.]